



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12930

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tras meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 16 DE DICIEMBRE DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta, rue Oumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.



## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Dirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballeros 15

## DE SORPRESA EN SORPRESA

A la hora que vean la luz estas líneas ya habrán jurado los nuevos ministros si resultan ciertas las noticias que llegan de Madrid.

Decimos si son ciertas, porque desde que fué proclamada la crisis hemos ido de sorpresa en sorpresa.

Ya lo fué el anuncio de que los consejeros responsables habían dimitido. A las dos y media nos telegrafaba nuestro diligente corresponsal y no hablaba una palabra de crisis. Una hora más tarde nos decía que había dimitido el Gobierno. Después se ha sabido que hasta para el presidente de la Cámara constituyó una sorpresa la noticia.

Ahora vendrán las consultas obligadas—dijimos. Y pensamos en Silvela, Villaverde, Azcarraga, Romero, Montero, Moret y en todos los que por su significación en la política están en condiciones de informar en casos semejantes al presente.

Y aquí viene la segunda sorpresa: las consultas se han reducido a dos, demostrando este extremo que la crisis que parecía laboriosa se presentaba fácil.

Hoy serán conocidos los ministros—pensamos. Y, efectivamente, poco tiempo después llegó un despacho que ponía las cosas tan difíciles que para todo el mundo fué artículo de fé que el general Azcarraga no podría formar ministerio. Maura, Silvela y Villa-

verde le habían negado su apoyo, que era como negar el de la mayoría.

¿Vendrán los liberales?—pensaban algunos.—¿Se habrá llegado al caso de echar mano a la fórmula de que se habló hace tiempo cuando se hicieron los últimos trabajos para la unión de las dos ramas? Dijose en la ocasión mencionada que a quien el rey llamara a formar ministerio, ora fuese Montero, ya Moret ó Vega Armijo, ó cualquier otro, los demás lo considerarían como jefe del partido; y atendiendo a esto, no faltaban algunos liberales que esperaban la aparición del jefe, elegido en tal forma, para rendirle acatamiento. Pero en esos instantes llega otra noticia: las dificultades de la crisis, que eran casi imposibles de salvar, no existían; eran una fábula ó se habían desvanecido por causas que no son sabidas. Azcarraga tenía formado el ministerio, y se aseguraba que jurarían ayer mismo.

Y esa fué la tercera sorpresa, la más grande.

¿Con apoyo de quién va a gobernar Azcarraga? ¿Y en qué condiciones se le dará ese apoyo?

Cosas son estas que no se sabrán de contado; pero ya se sabrán a medida que vayan haciendo su labor los ministros.

Es decir, si los hay; porque a la hora esta, nueve de la mañana, no hay ninguna noticia de que se haya resuelto la crisis.

¿Habrá aún más sorpresas? Luego lo veremos.

## TIJERETAZOS

Dice «La Epoca» que el problema del hambre de que se viene hablando con tanta insistencia es un supuesto.

Justo. Aquí no hay tal problema. Lo que hay es poco pan y sobra de apetito.

El «Times» publica un telegrama de Tokio, en el que se da la noticia de que el acorazado ruso «Sebastopol», que se hallaba en la rada de Puerto Arturo, ha fondeado fuera del puerto.

¿Pero no ha sido destruido por la artillería que establecieron los nipones en la célebre colina de los 203 metros?

Con esos elementos informativos cualquiera estudia el curso de la guerra sin hacerse un lío.

Dice un colega que el quinto comisario para la comisión internacional que ha de emitir dictamen sobre el incidente de Hull será nombrado antes de Navidad.

¿Y hablamos de las comisiones españolas!

Una de dos: O en ese incidente hay varias planchas ó se tira a que se sepa el resultado cuando nadie se acuerde del asunto.

¿Cómo nos plagian!

El ayuntamiento de la Coruña ha votado, para enjugar el déficit, una tarifa sobre transportes.

¿Qué oportunidad!

¿Si querrá el municipio gallego abaratar las subsistencias con acuerdos de ese calibre?

¿A que no saben ustedes lo que se le ha ocurrido al Sr. Allende para mejorar la policía?

Agárrense ustedes para no caer.

Pues se le ha ocurrido rebajar en doscientas cincuenta pesetas todos los sueldos superiores a mil.

Con las economías se aumentaría el número de los polizontes y serían más a no cumplir.

Bendita sea la crisis que pone en su casa a ese ministro.

Con el botón de muestra que ha ofrecido, para que lo juzguen, hay bastante para apreciar lo que hubiese sido con el tiempo. Otra utilidad.

## LOCURA COLECTIVA

Desde hace algún tiempo el país de Gales es teatro de un raro fenómeno que solo tiene precedentes en la Edad Media.

En muchos puntos del North Wales, del South Wales y singularmente del Midland, la gente, acometida de una manía religiosa, vive en un estado de excitación singularísima que aumenta y adquiere mayor gravedad de día en día.

El centro de ese movimiento de fanatismo es Rhos, aldea de mineros de Denbighshire.

Inflamados por la palabra de un joven predicador evangélico, Evan Roberts, que pretende haber recibido una misión de Dios, los ministros protestantes recorren los pueblos y los caminos cantando himnos excitando a la gente a rezar y a pensar en la salvación del alma, haciendo correr cervicerías y cafés, celebrando funciones religiosas que duran noches enteras.

Desde hace algunas semanas, todos los sábados por la noche se forman en Rhos largas procesiones que discurren por calles y caminos.

Los penitentes rezan sin descanso, recitan salmos, se arrodillan, hunden la frente en el polvo y hacen esfuerzos inauditos para conseguir que los bebedores salgan de las tabernas y hosterías.

Luego, llevando en triunfo a los que han consentido en abandonar las delicias del whisky, la multitud se precipita dentro de los templos y se prosterna y reza.

A las plegarias suceden himnos cantados a toda voz, relaciones de milagros y visiones santas.

Un jovencito, pálido de emoción, cuenta que por la noche se le apareció un ángel, invitándole a rogar por la regeneración de Rhos.

Una mujer se puso en pie y propuso a la concurrencia que en las almohadas se colocasen piedras, espinas y clavos, para no abandonarse a la molición, para salvar el alma a costa de los padecimientos del cuerpo.

Y cada día se renuevan esas escenas de locura.

Bien poco hace que una gran muchedumbre se reunió en una iglesia, y después de cantar una serie de himnos, empezó cada cual, a confesar sus culpas, sin ocultar ninguna ni por otros ni por espagnante; poseídos todos de una verdadera locura, pensaban

do tan sólo en la otra vida y despreciando por breve y culpable a que les anima.

Otro día Roberts sube al púlpito y se dirige a la multitud:

«La obra que emprendí es excelente. Sus resultados se palpan ya. Ved como están vacías las tabernas, como se llenan los templos.»

Para que nuestra regeneración sea completa, es necesario que todos os despojéis de parte de vuestros bienes.»

En un momento el sacristán recogió más de trece libras esterlinas, cantidad muy crecida, dada la situación de los que allí estaban reunidos.

Hasta los niños se sienten acometidos de ese raro fervor.

Un rapaz de diez años, hijo de un empedernido jugador de «foot ball», asistió una tarde, con su madre, a una de esas interminables y exaltadas funciones religiosas, y fué tanta la impresión que el espectáculo le produjo, tan profunda la convicción de su alma, que rompiendo en llorar, declaró que no quería salir nunca más del templo y que en lo sucesivo no iría más a presenciar las partidas de «foot ball».

En las entrañas de la tierra, en las galerías de las minas no resonan ya las alegres canciones de los mineros. A los golpes de pico acompañan salmos a David y versículos de los profetas.

«El Señor despegó mis labios», dice uno empujando una vagoneta llena de huella.

«Y mi boca canta su gloria», contesta un compañero, hundiendo la pala en un montón de mineral.

Si se entra en un estanco, el dependiente masculla versículos de letras; si se acude a la estación en demanda de billetes, el taquígrafo lee el Evangelio; apenas se han a andar tranvías y trenes, hombres y mujeres entonan un himno.

Muchos fanáticos han enloquecido. En Llanelly la policía se vió obligada a encarar a un pobre hombre que, perdido por completo, el seso, se empeñaba, para expiar sus pecados, en no comer y no vestirse. Hubo que acarlarle de debajo de la cama, donde se había refugiado y donde permanecía vociferando sin tregua: «¡Salvación! ¡Salvación!»

¿Cómo acabará esa racha de locura colectiva y contagiosa? Algunos periódicos piden que el Gobierno tome cartas en el asunto.

Un ferviente discípulo de Evan Roberts afirma que el «Revival» (despertar religioso)

LOS BANDIDOS DE ORGERES 202

de la sala le indicaban que sus compañeros no se encontraban en mejor estado.

Oja, sobre todo, muy cerca de sí lamentes ahogados que revelaban un intolerable sufrimiento; era su adorable María la que exhalaba aquellos ayes; pero ¿qué podía hacer Daniel?

Los dos bandidos encargados de la guarda de la casa conversaban en su gerigonza especial.

Daniel, por la vaga claridad que atravesaba su venda, juzgaba que habían encendido luz, y la proximidad de las voces le hacía comprender que se hallaba a sus pies, bajo sus miradas, y espuesto a todas las brutalidades que quisieran ejercer sobre él al primer momento sospechoso.

Sin embargo, creyó que debía aventurar alguna tentativa por socorrer a su desgraciada compañera.

Estaba echado de espalda, y no le parecía posible hacer el menor movimiento con los brazos ni con las piernas, pero empezó a mover lentamente la cabeza para desahucarse de los dobles vendajes que le oprimían la boca y la frente.

Esa operación no tuvo al principio otro resultado que hacer la compresión más dolorosa; pero al poco rato logró, redoblando sus esfuerzos; desembarazar algún tanto las vías respiratorias, y por último, ver

LOS BANDIDOS DE ORGERES 203

distintamente a través de un simple tela que quedó cubriéndole solo la parte superior de la cara.

Una vez obtenido este resultado, se vió precisado a descansar, porque le faltaban las fuerzas y estaba bañado en sudor.

Mantúvose, pues, inmóvil y se puso a estudiar la situación de las diferentes personas reunidas en la sala baja de la alquería.

Los dos bandidos estaban, en efecto, sentados a pocos pasos de él, delante de una mesa en que ardía una luz.

El uno llevaba uniforme de guardia nacional y el otro de gendarme; tenían las caras tiznadas con carbón, y mientras hablaban fumaban en pipas de asta.

Los prisioneros no habían cambiado de postura; unos estaban callados como privados de sentido, mientras otros seguían quejándose en voz baja.

Madame de Moreville, tendida cerca de su hija, parecía desmayada; pero la pobre María experimentaba sacudimientos convulsivos y hubiérase dicho que iba a exhalar el último aliento.

El temor por su querida prima devolvió todo su vigor a Daniel.

Sin embargo, necesitaba conducirse con mucha prudencia, porque conocía que se hallaba completa-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 206

cia que, con escepción de aquellos dos hombres, toda la banda había abandonado la alquería del Breuil.

Alentado Daniel por el éxito de sus esfuerzos anteriores, trató de desembarazar completamente sus ojos de la venda que los cubría, y también le consiguió felizmente, con lo cual pudo observar a sus guardianes con mas atención que lo había hecho hasta entonces.

El que llevaba uniforme de gendarme era un hombre de cuarenta años, con un cervigullo semejante al de un toro, cabellos encrespados y facciones pueriles, que revelaban bajo su máscara de carbón, inquietados hábitos de embriaguez.

El segundo, vestido de guardia nacional con ciertas pretensiones, parecía tener apenas diez y ocho años, y su mirada oblicua, sus cabellos gruesos y apilataados y un no se que de cinileo en su coronilla y en sus mejillas, denotaban vicios de otro género.

Ambos eran robustos y determinados; llevaban pistolas al cinto, y sus sablees desenvainados estaban sobre la mesa al alcance de la mano.

Daniel no se intimidaba ante la perspectiva de una lucha contra aquellos formidables bandidos.

Pensaba que si conseguía desatar sus piernas, como había desatado las manos, le sería fácil arrojarle de